

III. EL HOMBRE REDIMIDO

Un estudio de palabras nos ha permitido ver la enseñanza bíblica sobre el hombre creado. Luego hemos visto la historia de Adán, nuestra historia, la del hombre caído. La fina introspección de Pablo en Romanos 7 termina con una expresión de gratitud a Dios por Jesucristo. "Gracias doy a Dios por Jesucristo Señor nuestro" (Romanos 7:25). Es decir: "Doy gracias a Dios que él me haya libertado por Jesucristo, Señor nuestro". Esta liberación, la que hace al hombre redimido, vamos a considerarla ahora en un doble aspecto, siguiendo el pensamiento del Apóstol Pablo.

En primer lugar, el Apóstol desarrolla su enseñanza de la redención en el contexto de la noción de solidaridad de la raza humana. En el capítulo anterior consideramos la enseñanza de Romanos 5:12-21. El apóstol resume todo el argumento de esta sección en los versículos 18 y 19. El pecado de Adán tuvo efecto en toda la raza humana. Somos solidarios en Adán. No somos culpables de sus pecados pero si somos solidarios con él en el pecado. No se puede en realidad interpretar correctamente al Apóstol en el mencionado capítulo 5 sin tomar en cuenta que como hebreo tenía ese concepto de la solidaridad, de la unidad de la raza humana. Esa solidaridad básica que tenemos la ví ilustrada tiempo atrás en una experiencia personal. Cuando el presidente Kennedy fue asesinado en Dallas, a los pocos minutos del hecho todo el mundo lo supo a través de la radio, televisión y demás medios de comunicación. Yo me hallaba en Buenos Aires, en el edificio de las Sociedades Bíblicas. Personas que nunca había conocido en mi vida, argentinos que se dieron cuenta que yo era norteamericano, vinieron a expresarme el pesar que sentían por la muerte de Kennedy. Era como si todo el mundo, sin excepción, se uniera en esos

instantes, a pesar de las diferencias ideológicas, raciales, políticas y nacionales. Los hombres se unían de una manera extraña, sentían cierta solidaridad con la muerte de Kennedy. Porque la verdad es que el éxito de un hombre no nos une, más bien nos divide, pero la muerte de un hombre nos une. La raza humana tiene un principio de unidad y solidaridad hoy en día, es la solidaridad de la muerte.

Estamos unidos en lo que puede llamarse "el cuerpo de pecado", con las palabras de Pablo en Romanos 6:6. Es ese el cuerpo que Dios se ha propuesto reemplazar con otro, otro principio de unidad, el "cuerpo de Cristo". De eso es de lo que habla Pablo cuando afirma que por un hombre, Adán, entró el pecado, y a causa del pecado la muerte pasó a todos los hombres (Romanos 5:12); pero que también, por otra parte, por el acto justo de un hombre entró al mundo la justicia. Y esa justicia pasa también a todos los hombres (Romanos 5:18). Recordemos nuevamente, eso sí, que somos condenados no por el pecado de Adán, sino por nuestros pecados. En Adán yo soy pecador en potencia, pero no llego a ser pecador sin mi propia participación en el pecado. En Cristo soy justo en potencia, pero no llego a ser justo sin mi propia participación personal en la justicia. La muerte de Cristo tiene implicaciones

cósmicas, tiene que ver con el universo en su totalidad, afecta a la raza humana en su integridad.

El himno de la identificación

El mismo tema lo trata el apóstol Pablo en su Epístola a los Filipenses, y lo hace citando un himno. Este himno habla precisamente del primer Adán y del segundo Adán. Lo encontramos en *Filipenses 2:6-11*:

⁵ Haya pues en vosotros este sentir que hubo también en Cristo Jesús,

⁶ El cual siendo en forma de Dios
No estimó el ser igual a Dios
Como cosa a qué aferrarse,

⁷ Sino que se despojó a sí mismo,
Tomando forma de siervo,
Hecho semejante a los hombres;

⁸ Y estando en la condición de hombre,
Se humilló a sí mismo,
Haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz.

⁹ Por lo cual Dios también le exaltó hasta lo sumo,
Y le dió un nombre
Que es sobre todo nombre,

¹⁰ Para que en el nombre de Jesús
Se doble toda rodilla

De los que están en los cielos y en la tierra y debajo de la tierra;

¹¹ Y toda lengua confiese
Que Jesucristo es el Señor,
Para gloria de Dios Padre.*

Notamos que el apóstol está ilustrando para sus lectores, como debe ser el comportamiento, el sentir de unos para otros. Pero aquí vamos a referirnos al himno sin relacionarlo directamente con ese contexto local, porque nuestro interés es lo que el pasaje tiene que decirnos acerca del hombre redimido, la humanidad redimida. Prácticamente todos los intérpretes modernos reconocen que se trata de un himno primitivo de la Iglesia y que quizá Pablo mismo lo escuchara por primera vez en Damasco o Antioquía de Siria. Este himno que expresa con tanta precisión lo que el apóstol quiere decir, se encuentra en la Biblia porque es verdad, expresa la verdad. Fácilmente se puede ver que hay seis estrofas de tres líneas cada una. En el griego se dan ritmo, equilibrio, y todos los elementos propios de la poesía. Su tema es Cristo, pero podemos ver que tiene como trasfondo los primeros capítulos de Génesis

(*) La transcripción en verso de estos versículos se ha hecho usando la versión Reina Valera, revisión de 1960, pero disponiendo las oraciones de acuerdo con el modelo propuesto por el escriturista Ralph P. Martín en *An Early Christian Confession* (Tyndale Press, Londres, 1960), págs 8-9. (N. del E.)

sobre la creación del hombre y la caída del hombre. Hay claras alusiones a Génesis 1 ("hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza"), y Génesis 3 (Eva y Adán querían ser "iguales a Dios"). También encontramos que hay citas textuales de aquella gran profecía sobre el "siervo sufriente" de Isaías 42, 52 y 53. Es decir, que aquí vemos al hombre en su estado caído y al siervo sufriente de Dios, quien viene de parte de El para llevar sobre sí la carga del hombre.

Examinemos detenidamente este himno. El versículo 6 dice: "El cual siendo en forma de Dios no estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse". Adán fue hecho a la imagen y semejanza de Dios, pero no contento con aquella imagen y semejanza, quiso ser igual a Dios. Cristo el preexistente, existía siempre en forma de Dios. La forma verbal traducida "siendo" no es la que se usa con más frecuencia para "ser". En el versículo 7 tenemos la afirmación "fue hecho semejante a los hombres". Aquí el verbo significa "llegó a ser como los hombres". Pero en el versículo 6 el verbo "siendo" nos sugiere una existencia eterna: "existiendo siempre en forma de Dios". No como Adán que fue creado en la semejanza de Dios, sino habiendo existido siempre en la misma forma. La palabra "forma", no significa solamente la forma externa sino la realidad de la naturaleza que se expresa en la forma.

Jesucristo existió siempre en forma de Dios, es decir en igualdad con Dios. ¿Cómo estimó él su igualdad con Dios? Lejos de la actitud de Adán, quien quería ser igual a Dios, él está dispuesto a abandonar su igualdad con Dios. Es decir que el pensar de Cristo fue todo lo contrario del pensar de Adán. Adán no tenía algo y lo quería. Cristo lo tenía pero estaba dispuesto a dejarlo.

"Sino que se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo, hecho semejante a los hombres" (versículo 7). No podemos captar la profundidad que hay detrás de este versículo. No podemos saber lo que él dejó para venir a nosotros. Es un abismo indecible, del cielo a la tierra, del cielo al establo. Se nos dice que se despojó. ¿De qué? ¿De su divinidad? No, no habría encarnación si hubiera dejado su divinidad, porque la gracia de lo que él hizo está en que en él, Dios llegó a ser hombre. Entonces no dejó la divinidad. Yo no sé explicar lo que dejó, pero voy a hacer una tentativa. Creo que Cristo en la encarnación rindió voluntariamente el ejercicio independiente de los atributos divinos. Se hizo dependiente del Padre. Por eso lloró (Juan 11:35); por eso antes de llamar a Lázaro, frente a la tumba, volvió su mirada al Padre y pidió que el Padre se glorificara; por eso hubo un Getsemaní. No rindió los atributos divinos; tampoco rindió el ejercicio de los atributos divinos; sino que

rindió el ejercicio independiente de los atributos divinos. Sabemos que por lo menos rindió su omnisciencia durante su encarnación, porque dijo, hablando de la hora de la venida del Hijo del Hombre: "De aquel día y de la hora nadie sabe, ni aun los ángeles que están en el cielo, ni el Hijo, sino el Padre" (Marcos 13:32).

El predicador Billy Graham ha intentado ilustrar la encarnación recordando una anécdota de su niñez. Cuando era chico, inadvertidamente pisó un hormiguero y vió que algunas de las hormigas quedaron aplastadas muertas y otras moribundas. Cuenta que sintió gran lástima de aquellas criaturitas minúsculas y se agachó a mirarlas. Sintió de pronto el anhelo de hablarles a las hormigas, de decirles lo mucho que sentía lo que había pasado, la lástima que le daban las hormigas muertas. "Ojalá pudiera haberme hecho como hormiga para ayudarles. Pero soy demasiado grande y así como soy, no puedo", dijo el predicador. Para acercarse a las hormigas y ayudarlas, tendría que haberse hecho hormiga y empleado el lenguaje de las hormigas. Pero no pudo hacerlo. Esto es apenas una muy débil e imperfecta ilustración humana de lo que Cristo el Hijo eterno de Dios hizo al venir a nosotros. "Se despojó a sí mismo tomando forma de siervo", el siervo sufriente de Dios, "hecho semejante a los hombres". Tenía nuestra semejanza. Se hizo carne;

sarx. El Verbo se hizo *sarx*. y habitó entre nosotros. Y estando así en esa condición de hombre ¿qué hizo? . Como si eso no fuese ya suficiente, "se humilló a sí mismo". ¿Qué hizo Adán estando en condición de hombre? ¿Se exaltó a sí mismo! Cristo estando en forma de hombre, se humilló a sí mismo, "haciéndose obediente". Adán en su condición de hombre se hizo desobediente, Cristo se hizo obediente. ¿Hasta qué límites fue su obediencia? Hasta el punto de morir. ¿Qué clase de muerte? La muerte más vil que se podía imaginar entre los hombres; la muerte que era repugnante y una maldición para el judío: "muerte de cruz". Muerte vergonzosa y vil como la de cualquier criminal. Fue obediente hasta la muerte más vergonzosa, humillante e indigna. Pero ahora viene lo que los griegos en sus dramas llamaban *peripeteia*, el punto en que todo cambia.

El Señor exaltado

"Por lo cual Dios también le exaltó hasta lo sumo y le dió un nombre que es sobre todo nombre" (versículo 9). A causa de la desobediencia de Adán, Dios humilló a Adán. A causa de la obediencia de Cristo Dios exaltó a Cristo y le dió *el nombre*. En griego no dice "un nom-

bre" sino "el nombre". ¿Qué nombre es ese? Es aquel nombre indecible de Dios, que los hebreos en el Antiguo Testamento no se atrevieron a pronunciar. Cuando los hebreos veían ese *tetragrammaton*, las cuatro consonantes YHWH del nombre de Dios ("yo soy el que soy, el eterno"), pronunciaban otro nombre para referirse a Dios, a fin de no usar el nombre santo. Creemos que el nombre era *Yavé*, o sea nuestro *Jehová*, pero no estamos seguros, porque los judíos al ver esas consonantes pronunciaban la palabra *Adonai* para no usar en vano el nombre indecible y sublime, el nombre que es sobre todo nombre. Ese nombre es traducido en la versión griega del Antiguo Testamento, llamada Septuaginta, con el término griego *Kurios*, "Señor". *Kurios* es el mismo término que se usaba para el emperador.

Por su obediencia, Jesucristo recibió ese nombre que es sobre todo nombre, el nombre de Señor. El versículo 10 agrega: "Y toda lengua confiese que Jesucristo es Señor (*Kurios*) para la gloria del Dios Padre". Por su obediencia Jesucristo alcanzó algo que antes no tenía, el señorío sobre el universo. Es decir, Jesús de Nazaret, el hombre que anduvo aquí en carne, fue declarado Señor del universo. ¿Cómo alcanzó tal nombre? Porque Jesús de Nazaret fue el único hombre perfectamente obediente que Dios vio en el mundo. Dios había prometido a Adán el señorío

sobre el universo creado: "señoread en las peces del mar, en las aves de los cielos y en todas las bestias que se muevan sobre la tierra" (Génesis 1:28). Pero por su desobediencia él no alcanzó y nosotros no alcanzamos ese señorío. Jesucristo, por su obediencia hasta la muerte, alcanzó el señorío; él ya es Señor para gloria de Dios Padre. Es decir, que él por su obediencia contrarrestó y convirtió aquella desobediencia original del primer Adán. Si estamos ahora unidos a él, también participamos de su señorío. Reinamos con él.

La vía del hombre nuevo: obediencia

No podemos dejar este pasaje sin prestar atención a los versículos 12 y 13 que nos introducen al segundo aspecto del hombre redimido.

Por tanto amados míos, como siempre habéis obedecido, no como en mi presencia solamente, sino mucho más ahora en mi ausencia, ocupaos en vuestra salvación con temor y temblor porque Dios es el que en vosotros produce así el querer como el hacer por su buena voluntad.

Filipenses 2:12 y 13

La palabra clave de estos versículos como también la del himno que les precede, es la palabra obedientes. ¿Cuál es la clave de nuestra re-

dención? La clave de nuestra redención es obediencia. ¿Obediencia a quién? Obediencia a Dios. Lo mismo que Cristo obedeció a Dios y ha sido exaltado como Señor del universo, así también obedecemos a Dios en Cristo. El es el Señor, y cuando nosotros le confesamos como nuestro Señor, es decir cuando nosotros le fiamos nuestra obediencia y lealtad, entonces somos salvos. Así fuimos salvos, así somos salvos y así seremos salvos. Por medio de la obediencia, nos ocupamos en nuestra salvación, es decir en llevarla a su fin lógico, en desarrollarla hasta su completo final. Pero fijémonos bien: "Dios es el que en vosotros produce así el querer como el hacer". Aquí vemos que Pablo contempla sin contradicción alguna la soberanía de Dios actuando en el hombre, y el libre albedrío del hombre actuando a la vez. Debemos trabajar porque Dios está trabajando.

Ahora, pues, ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús, los que no andan conforme a la carne sino conforme al Espíritu.

Romanos 8:1

Si estamos en Cristo Jesús, si estamos unidos a él por la fe, no hay ninguna condenación sobre nosotros. Al terminar el capítulo 7 de su Epístola, el Apóstol se veía condenado: "¡Miserable de mí! ¿Quién me librará de este cuerpo

de muerte?" Es decir, "estoy condenado", ¿y quién va a librarlo? Jesús de Nazaret quien fue obediente hasta la muerte, es el que lo va a librar. El por su fe en este Cristo ya no está bajo condenación, bajo la desobediencia adámica. Ya no comparte la muerte de Adán. Entonces él explica quiénes son los que están en Cristo Jesús: "aquellos que no andan conforme a la carne sino conforme al Espíritu". ¿Recordamos el primer capítulo? No conforme a la carne, es decir, no obedeciendo los deseos de nuestra naturaleza corrompida, sea intelectual, moral o espiritualmente, no obedeciendo a la carne, sino "conforme al Espíritu". Espíritu aquí está con mayúscula y creo que con toda razón, pues se refiere al Espíritu de Dios.

La dinámica de una ley nueva

Porque la ley del Espíritu de vida en Cristo Jesús, me ha librado de la ley del pecado y de la muerte.

Romanos 8:2

Aquí vemos la acción de dos leyes, dos principios que operan en nuestra experiencia humana. Antes de llegar a Cristo Pablo vivía bajo la ley del pecado y la muerte resultante. Pero aho-

LEER GUTIERREZ
CONFUSION my
CLARA de E/e

ra se ha introducido otra ley. ¿Cuál ley? ¿El decálogo, la Ley mosaica? NO. Dice “la ley del Espíritu” (y “Espíritu” aquí también con mayúscula, es el Espíritu de Dios), la ley de la vida. Es decir, que hay otra ley ahora que está funcionando; y que opera venciendo a la primera que también está en acción en él. Sabemos que los aborígenes australianos descubrieron la ley de la aerodinámica, aquella ley de la masa y el movimiento que se ve en el “boomerang”. Valiéndonos de esa ley, nosotros ya podemos vencer la ley de la gravitación. Me siento en un avión, y esta mole metálica empieza a moverse. Hasta ahora opera una ley, la de la gravitación, que me tiene abajo. Pero de pronto, con esa acción dinámica comienza a operar otra ley, la ley de la aerodinámica. Y ésta vence a la de la gravitación. La mole metálica se eleva, y yo recostado en mi asiento subo al espacio. Así mismo me pasa en la vida. La ley del Espíritu ha vencido a la ley del pecado y la muerte.

Porque lo que era imposible para la ley, por cuanto era débil por la carne, Dios, enviando a su Hijo en semejanza de carne de pecado y a causa del pecado, condenó al pecado en la carne.

Romanos 8:3

En este versículo la palabra ley se refiere a la

ley mosaica, al decálogo. Esa Ley me hacía demandas, pero la carne no podía cumplir con esas demandas, le era imposible, y en ello estaba mi debilidad. Pero “Dios envió a su Hijo en semejanza de carne de pecado”, en el mismo Sarx que tengo yo: hueso, carne, sangre; pero sin pecado. El vino para participar conmigo. Luego afirma: “A causa del pecado” es decir, como sacrificio por el pecado, “condenó al pecado en la carne”, es decir, lo puso fuera de acción, venció al pecado. Se puede vivir en la carne habiendo vencido al pecado en la carne. Jesús lo demostró de una vez para siempre. Vino al mundo, tomó forma de carne y demostró que el hombre puede vivir en carne, sin pecado. ¿Cómo lo demostró? Obedeciendo a Dios. Y esa vida en la carne, sin pecado, constituyó el sacrificio ofrecido a Dios por nuestro pecado en la carne. Este sacrificio quebrantó el poder del pecado sobre la carne. Ya no soy esclavo del poder de este pecado que está en mi carne. No quiere decir que el pecado se ha eliminado, sino que por la muerte sacrificial de Cristo, no soy esclavo del poder de este pecado en mi carne. “Para que la justicia de la ley se cumpliera en nosotros, que no andamos conforme a la carne sino conforme al Espíritu” (Romanos 8:4). Ahora el decálogo se cumple en nosotros, pero sin referencia a la Ley mosaica, sino por la operación del Espíritu de vida en Cristo Jesús.

El otro aspecto lo encontramos en una lectura de la epístola a los Gálatas, 5:13 y siguientes. "Porque vosotros hermanos, a libertad fuisteis llamados; solamente que no uséis la libertad como ocasión para la carne", es decir no uséis ahora la libertad como una base de operaciones para la carne. Y continúa: "Sino servíos por amor los unos a los otros. Porque toda la ley (el decálogo) en esta sola palabra se cumple: Amarás a tu prójimo como a tí mismo. . . Digo pues: Andad en el Espíritu, y no satisfagáis los deseos de la carne". Es decir, andad bajo el dominio del Espíritu Santo. Siguiendo la traducción de la mayoría de los intérpretes, podemos leer la frase no como una prohibición sino como indicativo: "Andad en el Espíritu y no *satisfaréis* los deseos de la carne". Aquí tenemos la respuesta cristiana al problema de la ética. "Andad en el Espíritu", es decir ese Espíritu de Cristo resucitado y vivo entre nosotros. "Andad en el Espíritu", es decir, la vida de Dios en nosotros. Mientras estemos andando bajo el dominio del Espíritu no satisfaremos nuestros deseos carnales.

"Porque el deseo de la carne es contra el Espíritu" (Gálatas 5:17). Hay una lucha entre estos dos. Pero recordemos que el Espíritu de Dios es contra la carne y allí está nuestra esperanza. "Y el del Espíritu es contra la carne; y

estos se oponen entre sí para que no hagáis lo que quisiereis" (lo que vuestra carne quisiera). Aquí lo tenemos: mientras seguimos andando bajo el Espíritu Santo, no satisfaremos los deseos de la *sarx*, de la carne. El Espíritu de Dios se opone en contra de los deseos de esta carne nuestra, de manera que ella no puede hacer lo que quiere. Por ello el apóstol agrega: "Pero si sois guiados por el Espíritu no estáis bajo la Ley" (Gálatas 5:18). Es decir el decálogo ya no tiene que ver.

Líneas de acción del hombre redimido.

El texto paulino continúa con una lista de las obras de la carne y las obras del Espíritu. Recordemos que está escribiendo a creyentes, y da por sentado que un creyente puede andar conforme a la carne. Eso sucederá si el creyente se deja dominar por sus deseos carnales. No hay aquí referencia a un inconverso sino a un creyente que anda conforme a los deseos de la carne. "Y manifestaciones son las obras de la carne, que son adulterio, fornicación, inmundicia, lascivia" (Gálatas 5:19). Estas pueden darse en cualquier creyente. Vienen luego en el versículo 20 las obras del paganismo: "idolatría, hechicerías". También en

ellas han incurrido algunos creyentes, al igual que en las obras de sectarismo y división: "enemistades, pleitos, celos, iras, contiendas, disensiones, herejías, envidias". La lista continúa en el versículo 20 con la palabra "homicidios", la cual no aparece en los mejores manuscritos, pero bien podría estar en la lista. ¿Puede un creyente cometer un homicidio? Si está andando conforme a la carne, puede. ¿Qué iba a hacer Pedro cuando sacó su espada en el huerto (Juan 18:10,11)? ¿Iba únicamente a amenazar a Malco? No, lo que iba a hacer es cortarle la cabeza y matarlo. Tales cosas pueden suceder si andamos conforme a la carne. La lista continúa con lo relativo a los apetitos: "borracheras, orgías, y cosas semejantes a éstas", cualesquiera que sean. Termina el apóstol amonestando que quienes practican tales cosas, por el mismo hecho demuestran que "no pueden heredar el Reino de Dios". El Reino de Dios se hereda, viene como herencia. Hay que ser hijo de Dios para heredar el Reino. El hombre que anda constantemente conforme a la carne demuestra que no es hijo de Dios, que no es heredero del Reino de Dios.

En contraste tenemos "el fruto del Espíritu" (versículo 22). Cuando el hombre anda obediendo al Espíritu y conforme a él, en su vida se producen: "amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza.

Amor que llega hasta la muerte de cruz, si es preciso. Gozo que desde una celda romana puede decir: "regocijaos conmigo". Paz, la palabra sánscrita de donde viene la palabra griega "paz", significa unión con Dios, una serenidad de espíritu bajo cualesquiera circunstancias. *Paciencia*, que permite seguir adelante, no importa lo que nos hagan los hombres. *Benignidad y bondad*; alguien ha dicho que benignidad es Cristo tratando con la mujer tomada en adulterio; y bondad es Cristo tomando las cuerdas y echando a los vendedores del templo. *Fe*, o más bien "fidelidad", que la vemos en el carácter del hombre "con quien se puede contar". *Mansedumbre*, Jenofonte utiliza este mismo término para describir a un caballo salvaje que ha sido domado. *Templanza*, el dominio propio en el cual el hombre se disciplina de tal manera que puede ser siervo de los demás. Esto es lo que el Espíritu Santo produce, y notemos la afirmación con que Pablo cierra la lista: "contra tales cosas no hay ley". La ley no tiene que ver con la producción de estas cualidades, ni tampoco puede prohibirlas. Ellas vienen inevitablemente como obra del Espíritu Santo en la vida del hombre redimido.

La clave del proceso nos la da el versículo 24. "Pero los que son de Cristo han crucificado la carne con sus pasiones y deseos". La palabra

“han crucificado” aquí es un verbo en tiempo aoristo que señala un tiempo definitivo en el pasado. Es el momento en que el hombre caído volvió a Cristo en fe y se entregó a él sin reservas, para obedecerle como Señor de su vida. Ese es el instante en que se crucifica “la carne con sus pasiones y deseos”. ¿Queda entonces muerta la carne? Ojalá fuera así, pero no está muerta. No ha muerto pero ha recibido el golpe mortal. No están muertas las pasiones de la carne porque mi carne no está muerta. Yo vivo en carne todavía y mientras yo viva en la carne, la carne no está muerta, aunque si mortalmente herida. Pienso en la cruda ilustración de una gallina que con el cogote torcido, muerta ya, salta como nunca lo hiciera en vida. Cuando yo encontré a Cristo y me entregué a él como Señor de mi vida por la fe, él condenó el pecado en mi carne, destruyó su poder. Mi carne “patalea” mucho todavía, más aún de lo que me dí cuenta antes de encontrarme con Cristo. Patalea, salta, me molesta. ¡No sabe que está muerta! Pero mi carne ha sido crucificada con Cristo, y mientras ando en la carne, puedo tener victoria sobre la carne, al andar bajo el dominio del Espíritu. Y mientras yo esté bajo el dominio y poder del Espíritu de Dios, venzo a la carne.

Esperanza de una redención total

Decíamos en el capítulo anterior que la caída es la historia de todos y cada uno de nosotros. Es mi historia, porque yo caigo todavía bajo la carne en mi vida cristiana. La caída se repite en mí cada día. Pero “No hay ninguna condenación para los que están en Cristo Jesús”. Ahí está la esperanza. El secreto de la ética cristiana consiste en hacer lo que dice el versículo 25: “Si vivimos por el Espíritu (si nuestra vida interna proviene del Espíritu), andemos también (nuestro diario andar), por el Espíritu”.

Podríamos terminar aquí, pero el cuadro del hombre redimido no estaría completo. Debemos considerar la resurrección del hombre, tal como la presente Pablo en su primera Epístola a los Corintios:

Porque por cuanto la muerte entró por un hombre, también por un hombre la resurrección de los muertos. Porque así como Adán todos mueren, también en Cristo todos serán vivificados. Pero cada uno en su debido orden: Cristo las primicias; luego los que son de Cristo en su venida.

1 Corintios 15:21-23

Cristo es el primero que salió de la tumba con vida. Es “las primicias”. Pero habrá muchos

más, resucitados como él cuando él venga.

El primer hombre es de la tierra, terrenal; el segundo hombre, que es el Señor, es del cielo. Cual el terrenal tales también los terrenales; y cual el celestial, tales también los celestiales. Y así como hemos traído la imagen del terrenal, tracremos también la imagen del celestial.

1 Corintios 15:47-49

Pablo continúa en el pasaje expresando la esperanza cristiana de que los que vivimos cuando Cristo vuelva seremos transformados, lo mismo que aquellos que salen de las tumbas. El Apóstol se coloca frente a la tumba vacía en el día de la resurrección y afirma conmovido: el sepulcro no tiene ya victoria, la muerte no tiene ya aguijón. Ello lo mueve a gratitud:

Gracias sean dadas a Dios que nos da la victoria por medio de Nuestro Señor Jesucristo.

¡Victoria sobre el pecado y sobre la muerte!

El Hombre Redimido. Hemos sido salvos, estamos siendo salvos y seremos salvos. Dios va a cumplir su promesa. Ha prometido redimirnos, no el espíritu aparte del cuerpo, no el alma aparte del espíritu. Aún esta carne mía con la que escribo estas líneas él la va a salvar. El cuerpo que se enterró allá cerca del Calvario salió al tercer día y la tumba quedó vacía. No quedó carne allí. Así me va a salvar él por

completo, como hombre íntegro. ¡Qué me queda sino arrodillarme y darle las gracias! Y sólo hay una explicación: el amor de Dios y Cristo. Así caro lector, a tí que estás en la carne también, te digo para concluir, lo que dijo Pablo a sus lectores corintios:

Así que, hermanos míos amados, estad firmes y constante, creciendo en la obra del Señor siempre, sabiendo que —a la luz de la redención completa que Dios nos ha prometido— vuestro trabajo en el Señor no es vano.